

## **Los descubrimientos de un embrujo. Diálogo con las “Crónicas del Caribe hispano” de Pedro L. San Miguel.**

José J. Rodríguez Vázquez  
Programa de Estudios Iberoamericanos  
Universidad de Puerto Rico en Arecibo

Para Fernando Picó Bauermeister,  
este diálogo de dos que lo admiran.

Estas *Crónicas* surgen de un embrujo que se va haciendo palabras. Desde un lugar particular, una región más vasta se comienza a revelar y seduce a un hombre que mira y mientras más observa más se intriga. Se trata de un historiador puertorriqueño, Pedro L. San Miguel, que comenzó su formación profesional en la Universidad de Puerto Rico y optó por escribir sobre la historia económica de un pueblo costero de su isla para luego trasladarse a otra tierra y desde allí —confirmando lo que dicen: que de lejos se ve más claro— encontrarse con un archipiélago e iniciar una ya prolongada relación sentimental con una región.

Estas *Crónicas* no son, pues, accidentales o un hablar por hablar sobre el Caribe. Son, para ser precisos, una forma de decir, una conversación enamorada que se enriza como reflexión crítica de los intérpretes del Caribe: de los caribeños que han narrado su región, o alguno de sus fragmentos, y también de los no-caribeños que lo vienen auscultando hace siglos con sus artefactos culturales y sus perspectivas de extraños. Además, y esto es central en su elaboración, constituyen una meditación autocrítica que se pregunta quién es el historiador, qué es lo que realiza y cómo lo lleva a cabo, lo que significa que la obra trabaja una doble historia: la del Caribe y su historiografía, y la del cronista y los secretos de su profesión.

Para afinar la mirada, durante su periplo, el historiador ha tenido que ejercitarse en varios campos y en estos desplazamientos ha enriquecido sus herramientas incorporando instrumentos de disciplinas como la antropología, la teoría literaria y los estudios culturales. De aquí que se deba

advertir que estas *Crónicas* encantadas son también transdisciplinarias. Esto porque a través de ellas se asiste a un recorrido por la historiografía, la ensayística y la literatura, y porque su autor es un historiador que le gusta manejar conceptos y perspectivas provenientes de otros campos del saber. Hay que admitir que si algo embruja en las mismas es ese amplio registro de textos, interpretaciones y conceptos.

Para establecer con exactitud el campo del que se habla en esta obra, es obligatorio señalar que nuestro historiador atiende específicamente el Caribe hispano. Esto permite entender, primero, cómo se organizan los artículos en el libro y, segundo, —lo que es fundamental— cómo las tesis que se van elaborando en cada uno de ellos se desplazan del todo hacia las partes y de las partes hacia el todo. Así, una primera sección titulada “Caribe” contiene dos ensayos sobre las visiones que discuten el todo; mientras las restantes tres secciones abordan lo que se ha dicho y lo que nuestro autor piensa de esos tres fragmentos que constituyen las Antillas hispanas. Escuchemos a San Miguel:

Eso es, precisamente, lo que he intentado hacer en el conjunto de ensayos que componen este libro: ofrecer perspectivas críticas de obras, juicios, opiniones, interpretaciones y tradiciones intelectuales, tomando como eje los tres países que forman las Antillas hispanas: Puerto Rico, República Dominicana y Cuba.<sup>1</sup>

“Conjunto de ensayos para ofrecer perspectivas críticas”, dice nuestro historiador. Sigamos esta pista. El ensayo es un género literario en prosa que permite expresar ideas sin tener que constreñirse a un aparato erudito. En este sentido, concede libertad de expresión a un escritor, además de permitirle dirigirse a un público no especializado en los temas que reflexiona. Pero esta flexibilidad o estilo “soft” no debe entenderse como opinar desde el sentido común. El ensayo, aunque llevadero, requiere seriedad y fundamentos al tratar un tema y posee una estructura

---

<sup>1</sup> Pedro L. San Miguel, *Crónicas de un embrujo. Ensayos sobre historia y cultura del Caribe hispano*. San Juan, Ediciones Callejón, 2016, p. 19.

organizativa —introducción, desarrollo y conclusión— que facilita el método de exposición de las ideas.

San Miguel ha cumplido con las peculiaridades de este género. Además de seguir la forma, sus ensayos son un ejercitarse en el pensamiento y la escritura, un entrenarse libremente que hace posible darle al lenguaje ese poder metafórico que va más allá de la supuesta función de espejo que refleja/representa lo real y lograr un escrito poético, cuidadoso y agudo, o mejor, puntiagudo para ser penetrante. De este modo posibilita también la polémica con otras interpretaciones o lecturas en las que, en muchas ocasiones, los prejuicios y los delirios se presentan disfrazados de la verdad y el destino. Estos ensayos de un embrujado son un conjuro contra las escrituras sesgadas de evangelizadores, burócratas, militares y saqueadores; contra las paranoias racializadas donde los prejuicios se naturalizan y se proyectan en el físico de los otros; contra los deseos de nación y poder de algunos dueños de la tierra y la palabra; contra la utopía cómica de la dialéctica materialista y sus subalternos heroicos; en fin, claro que sí, contra los constructores de máscaras que se acompañan con sentencias felices o fatales.

Por eso, estas historias o crónicas no son “*la historia*”, “*la historia sin coartada*”, “*la otra cara de la historia*”, ni la historia objetiva y verdadera. Tampoco son la dialéctica del espíritu o el determinismo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción encarnadas en una clase o en los condenados de la tierra. Y, sin embargo, no hay nada que temer, nada que incite a darles la espalda como expresiones de un posmoderno amenazante sazonado por el desencanto y el cinismo. Todo lo contrario, nuestro narrador es un historiador apasionado y riguroso, generoso y crítico, irreverente e interesado, que ha descubierto —algo que se debería escuchar con mucha atención— que pensar desde un nuevo lugar hace posible ver cosas nuevas y que el historiador no tiene que hablar a nombre de nadie para cumplir, satisfecho, la tarea que eligió.

Los dos ensayos que conforman la primera sección de este trabajo, “Visiones históricas del Caribe: Entre la mirada imperial y las resistencias de los subalternos” y “¿La isla que se repite?: Una visión alterna de la historia económica del Caribe hispano en el siglo XIX”, ofrecen una de esas miradas panorámicas que pueden llevar a cabo aquellos historiadores que cuentan con muchas horas de lectura y reflexión. Son aproximaciones ambiciosas pero indispensables, que regalan al lector —tanto a los estudiantes y los jóvenes que se inician como académicos, como al público no especializado— ese mapa sobre el cual colocarse y desde dónde orientarse. Cualquier interesado atento puede desarrollar sus conocimientos sobre el archipiélago caribeño siguiendo con cuidado y leyendo disciplinadamente los textos que analiza nuestro autor, y es evidente que él ha organizado su exposición con la intención de que sirva para ese propósito. No está de más recordar que entre sus faenas se incluye la docencia en una institución universitaria.

Además, este mapa ayuda a evitar que la nueva camada de estudiosos desconozca o desprecie a sus precursores, por la invisibilización y sordera que produce la ignorancia, sin que se haya producido un diálogo/debate. Quehacer considerable, no cabe duda, para contrarrestar los efectos nocivos del “talk show” de los que creen, opinan o desean. Después de todo, ¿no parecería estar ganando la partida en la posmodernidad ese parloteo de los que buscan más sentir que saber y se anulan en el ruido? ¿No parece obvio que vienen creciendo en número los enfermos con el síndrome de la representación? Leyendo al embrujado, uno toma conciencia de que es necesario aprender a pensar y escribir reconociendo la tradición a la que se pertenece y las múltiples interpretaciones o escrituras de la historia que habitan en la historia. Ningún historiador parte de la “hybris del punto cero” y es bueno siempre que se nos recuerde que es imperioso ejercitarse para saber leer la intertextualidad de un escrito de historia.

“Visiones históricas del Caribe”, ensayo de apertura, subraya momentos y paradigmas que imaginan el Caribe y articulan su representación. El primer paradigma, el de los “ojos imperiales”, se inicia con el descubrimiento y conquista de la región por una cultura europea que se debate entre la metafísica teológica y la racionalista. Donde unos creyeron comprobar las profecías y descripciones de un texto sagrado, o aspiraban a asistir a la materialización de las ficciones de algún libro de viaje, otros hacían de narradores legitimados en su posición de testigo: eran las verdades incuestionables del saber empírico, de los que decían, como aquel Bernal Díaz del Castillo: “yo estuve allí, yo lo vi, por lo tanto es verídico”.<sup>2</sup> En el ámbito cultural, el ver ha comenzado a competir y desplazar a la fe y la revelación.

Desde esta mirada imperial europea se fue forjando una idea del Caribe entre exótico e inhóspito, entre taíno y caribe, entre dócil y feroz, y fue a partir de estos binarismos que se legitimaron dos prácticas dentro de un mismo proyecto de conquista: evangelizar y/o destruir para civilizar el vacío. Las dosis de golpes y rezos variarán de lugar en lugar y de momento en momento, pero lo interesante es que fueron estos “ojos imperiales” los primeros en afirmar el Caribe como una zona de conflicto y, por tanto, los primeros en desarrollar el paradigma geopolítico que define la región como “frontera imperial”. Los héroes en esta perspectiva, de por sí polifónica, son los Estados metropolitanos y esa compleja diversidad conflictiva de burócratas, militares, religiosos, comerciantes y colonos.<sup>3</sup> Predominan, en este primer momento de la visión geopolítica, las voces europeas como intérpretes exclusivas de ese continente vacío o carente de lenguaje y de voz propia.

---

2 Véase: Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. México, Editorial Porrúa, 1978.

3 Sobre el discurso colonial a partir del descubrimiento de América y de la expansión imperialista decimonónica véase: Beatriz Pastor, *Discurso narrativo de la conquista de América*. La Habana, Ediciones Casa de las Américas, 1983; Tzvetan Todorov, *La conquista de América. La cuestión del otro*. México, Siglo XXI, 1987; Eduardo Subirats, *El continente vacío. La conquista del Nuevo Mundo y la conciencia moderna*. Madrid, Anaya y Mario Muchnik, 1994; Fernando Mires, *En nombre de la cruz. Discusiones teológicas y políticas frente al holocausto de los indios*. Buenos Aires, Libros de la Araucaria, 2006; *La colonización de las almas. Misión y conquista en Hispanoamérica*. Buenos Aires, Libros de La Araucaria, 2007; Cristián Vila Riquelme, *Ideología de la conquista en América Latina. Entre el*

Creo encontrar por aquí un aspecto central de todo este artículo. Cada visión o paradigma tiene dos fases. Pensé que quizás esta segunda fase en este primer paradigma ameritaba presentarse como un apartado en este importante ensayo. Pero lo principal es que el corte está ahí y lo necesario es convenirlo y perfilarlo. O para decirlo con San Miguel:

Vinculadas desde sus orígenes a diversas formas de opresión y subordinación, las utopías en el Caribe han existido en una tensión constante entre la opresión y las resistencias.<sup>4</sup>

Surge entonces un cambio de lectura dentro del mismo paradigma, desplazamiento que en parte está relacionado con la criollización temprana de nuevos intérpretes que todavía no modifica la hermenéutica eurocéntrica del Caribe. Ya entrado el siglo XIX, bajo el influjo de la era de las revoluciones —norteamericana, francesa, haitiana e hispanoamericana continental— se va elaborando una lectura geopolítica de la región que viene acompañada de cierto protonacionalismo. Esto sin olvidar que durante todo este siglo, con la excepción de La Española, el Caribe hispano siguió siendo el de las islas-colonias. Esta nueva perspectiva comenzó a cuestionar la empresa civilizadora y a reclamar poderes para unos individuos-pueblos con derechos naturales que debían hacerse derechos políticos. En otras palabras, ahora la geopolítica era la forma de identificar un problema. Los poderes foráneos amenazaban con impedir el desarrollo de los pueblos caribeños y las tragedias de las islas resultaban del conflicto entre las grandes potencias que combatían por saquear la región. Ya en el siglo XX, esta lectura se concentrará en el análisis de la expansión desenfrenada del militarismo yanqui en el Mediterráneo americano. Siguiendo a San Miguel, me atrevo a decir que desde “Nuestra América” de José Martí, y pasando por *La agonía antillana* de

---

*axolotl y el ornitorrinco*. España, Ediciones Nobel, 2001; Walter D. Mignolo, *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*. Barcelona, Editorial Gedisa, 2007; Enrique Dussel, *Política de la liberación. Historia mundial y crítica*. Madrid, Editorial Trotta, 2007; Victor Kiernan, *The Lords of Human Kind. European Attitudes to other Culture in the Imperial Age*. London, Serif, 1995; Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997; Edward W. Said, *Orientalismo*. Madrid, Libertarias, 1990; Ranahit Guha, *Las voces de la historia y otros Estudios Subalternos*. Barcelona, Crítica, 2002.

<sup>4</sup> San Miguel, *Crónicas de un embrujo*, p. 62.

Luis Araquistain y *El imperialismo yanqui* de José Enamorado Cuesta, la lectura criolla de la visión geopolítica del Caribe tendrá su momento cumbre en *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial* (1970), del escritor dominicano Juan Bosch.

El segundo paradigma tiene que ver con la mirada económica. Es la “isla que se repite” bajo la plantación esclavista y, luego, el “Sugar Kindom” norteamericano. Hay que subrayar que en esta segunda visión vuelven a producirse dos fases y se debe añadir, por ser relevante, que terminan enlazándose los modelos o paradigmas. Me refiero, por un lado, a la apología a la plantación esclavista que acompaña la mirada geopolítica de la conquista y colonización entre los siglos XVI y XIX, venteadada tanto por europeos como por criollos, y por otro lado, a esa crítica a la plantación y a la esclavitud que forjan, sobre todo, las élites letradas protonacionalistas y nacionalistas que han enlazado la tesis del obstáculo del capitalismo dependiente y el imperialismo, que tenían su punta de lanza en la voracidad del latifundio azucarero, con la tesis del campo de batalla geopolítico, ahora entendido no como lucha entre imperios civilizadores, sino como combate entre éstos y los pueblos caribeños.

Las lecturas críticas de la geopolítica y la plantación esclavista, que fueron desarrollando intelectuales caribeños y extranjeros, han estado estrechamente relacionadas con la tercera mirada: la de la dialéctica del espíritu, la que descubre cómo el caos, el antagonismo y la destructividad van siendo superados a través de una praxis social heroica que ha hecho posible la aparición de los pueblos-naciones. Las palabras son, en este paradigma, para dar testimonio de cómo los Narcisos van descubriendo sus traseros. El “síndrome de la representación” inicia su metástasis por el registro intelectual y político. Son primero, críticos tímidos, reformistas algo alejados de la política, negociadores para la formación de un bloque histórico más integrador que les haga un lugar en el ejercicio del poder político o en las prácticas para afianzar la seguridad en el territorio y la

población. Luego se radicalizan, algunos, no todos, para responder a la violencia del poderoso. Quieren, como planteará Walter Benjamin, la violencia divina que funda, destruyendo la violencia pirata.<sup>5</sup>

Pero no perdamos los matices, pues creo que San Miguel lo que busca es hacer hincapié en las múltiples miradas de Narciso que definen de manera diferente el “nosotros” y sus “otros interiores”. Este reconocimiento es lo que le permite establecer los alcances e inexactitudes del paradigma identitario. Tres grandes momentos se recortan, pero también parecen solaparse, desde aquí. Primero, un campo intelectual todavía atrapado en el registro europeo colonial sueña el tiempo como racionalidad y progreso, y desde el positivismo elabora diagnósticos sobre las enfermedades materiales y espirituales ofreciendo remedios eurocéntricos como técnicas caseras. El sueño: arrimarse a la modernidad. En esta fase, les tocaba a las élites políticas y letradas ser voz del espíritu y hablar “de los otros” interiores. Al pueblo-nación afirmado le faltaba vitalidad para alzar vuelo. Luego, según avanza el siglo XX y a las luchas sociales se le suman nuevas perspectivas teóricas, algunos miembros de las élites letradas nacionalistas se harán activistas políticos populistas. El hablar “de los otros” como problema se transmutará en hablar “por los otros” y explicar sus problemas. O para decirlo en el registro de dos de nuestros poetas políticos: La “turba de estrellas y hombres hambrientos” (Luis Muñoz Marín), quedará seducida por los sermones de los panfletistas y el campo intelectual cantará alabanzas al encuentro de la palabra iluminada con las masas, fusión que hará posible “la gran aurora” (Muñoz Marín) o “la nueva patria liberada” (Juan Antonio Corretjer).<sup>6</sup> Finalmente, viene cobrando importancia una nueva

---

5 Walter Benjamin, “Para una crítica de la violencia”, en *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*. Madrid, Taurus, 1991, pp. 23-45.

6 Véase: Luis Muñoz Marín, “Panfleto” en Carmelo Rosario Natal, *La juventud de Luis Muñoz Marín. Vida y pensamiento: 1898-1932*. Río Piedras, Editorial Edil, 1989, pp. 108-109; Juan Antonio Corretjer Montes, “Oubao-moin”, en *Obras completas. Poesía*. San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1977, pp. 230-231.



camada de intelectuales que expían su mala conciencia de clase y el fracaso político desechando el elitismo en favor de una cháchara sonora que hará posible su fusión con un pueblo festivo forjado al son de una cultura popular que, más que original, parece ser el resultado de los espectáculos y los discos y videos de la cultura de masas. Al fin se ha producido la simbiosis: el letrado ahora baila “con el otro” y cree haber cumplido su misión de fundirse “en el otro”.

En el Caribe, el volcán es esa naturaleza violenta que ha devenido islas, y el mar, unido a los poderes imperiales, hace de frontera que delimita sociedades al mismo tiempo que de ruta por donde transitan barcos, mercancías y fuerza de trabajo. Lentamente, y desde el registro identitario, el Caribe se va soñando como un todo posible que es más que la suma de sus partes. La primera versión dentro de esta visión será una propuesta política federativa que algunos hilaban desde la afirmación de una “historia común” —luchas compartidas diría Ernest Renan.<sup>7</sup> Pero la tendencia nacional y la regional se contraponen y es necesario concluir que la primera le ha estado ganando la partida a la segunda. El archipiélago vence la utopía de los José Martí, Ramón Emeterio Betances y Américo Lugo, y no alcanza su unidad. Las identidades no dejan cuajar a la identidad.

Aprovechando la diversidad de Narcisos que andan en busca de su personalidad, San Miguel desliza un planteamiento esencial que le permite confrontar la tesis de la “isla que se repite” —tema que elaborará en el segundo ensayo de esta sección inicial. La cuestión nacional, como cuestión racial relacionada con la plantación esclavista, advierte nuestro historiador, produjo historias económico-sociales y políticas distintas. No es cierto que la economía de la plantación esclavista adquiriese un protagonismo similar en el Caribe hispano y el no-hispano. Además, mirando hacia las Antillas hispanas es posible distinguir historias políticas particulares. Así, por ejemplo, en la isla dividida las luchas políticas desembocaron en la formación de dos Estados —

---

<sup>7</sup> Véase: Ernest Renan, *¿Qué es una nación? Cartas a Strauss*. Madrid, Alianza, 1987.

Haití y República Dominicana— dando paso a un largo antagonismo, militar y simbólico, que ha tenido su dimensión trágica y que continúa pesando en nuestros días. En el caso del lagarto que busca su idiosincrasia, la rivalidad que estableció el azúcar y los brillos del poder de la sacarocracia cubana del siglo XIX con las otras regiones y estilos de vida hará traumática la larga guerra que parte de Yara hasta la intervención norteamericana, para marcar luego a la República del siglo XX. Y en la historia de la “isla ardiente”, la que “bala como cabro estofado” (Palés), bueno, es triste esto de tener que llegar a este hoy para descubrir que la sentencia de *Downes vs. Bidwell*, provocada por la venta de unas chinás (naranjas), no ha sido superada: “que se pertenece a pero no se forma parte de”, y que el representante de Alaska o Utah puede decidir qué hacer con el presente/futuro de su “Mr. Nobody from Nowhere”.<sup>8</sup> En política, como en muchos otros aspectos, nos parece que insinúa San Miguel, los Narcisos que flotan en el mar no han estado unos con otros, sino unos contra otros. Incluso, el bienestar de unos se ha sostenido muchas veces de las crisis de los otros.

Según han ido avanzando las tensiones en el paradigma identitario, así como las críticas a la geopolítica y la plantación, se ha estado abriendo un nuevo paradigma: el que posa su mirada en los subalternos. También aquí han existido fases y el registro ha sufrido modificaciones significativas. Lentamente, y esto es un acierto epistemológico y político indiscutible, se comienza a reconocer al “otro interior” y se descubren la negritud, la mulatería, los trabajadores, los campesinos, las mujeres y, con ellos, sus luchas y resistencias. Esta nueva visión, advierte San Miguel, abre fisuras en la visión identitaria elitista, racialista y patriarcal que había tenido un papel preponderante en la invención de las naciones caribeñas hasta ya avanzado el siglo XX.

---

<sup>8</sup> Véase: Luis Palés Matos, “Preludio en boricua”, en *Tuntún de pasa y grifería* en *La poesía de Luis Palés Matos*. Edición crítica a cargo de Mercedes López-Baralt. Río Piedras, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1995, pp. 502-503; José Trías Monge, *Historia constitucional de Puerto Rico*. Río Piedras, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 5 vols., 1980, I, pp. 208-209, 244-272.

Pero, ¿quiénes son esos subalternos y dónde ha desembocado su registro? Quizás nuestro historiador debió comenzar problematizando la categoría. Se trata, como todos saben, de un concepto de raigambre marxista que permite aglutinar unos sectores dominados que no pueden sintetizarse en el proletariado. Al metarrelato marxista de la lucha de clases, el marxista italiano Antonio Gramsci añadió una categoría que le permitiese pensar la formación de un sujeto colectivo que actuase como bloque histórico para constituirse en fuerza hegemónica mediante su acción política y cultural.<sup>9</sup> La realidad italiana, como la de muchos otros países del mundo en las primeras décadas del siglo XX, no conocía la lógica clasista de un capitalismo avanzado y la estructura social y las luchas políticas eran complejas y variaban por regiones. Allí donde el capitalismo dependiente no ha logrado imponer el modelo clasista bipolar del capitalismo industrial avanzado, hace falta reconocer la presencia y el papel político de sectores como el campesinado y el jornalero agrícola, además de percibir las luchas políticas como un campo atravesado por otras problemáticas, sean estas raciales, étnicas o de género. San Miguel dejó esta discusión teórico-política en el tintero, no porque la desconozca o la considere superflua, sino porque, y coincido con nuestro historiador, había que evadir la digresión. No obstante, me parece que es un punto que debe reflexionarse según afloren los límites de este paradigma de la historia del Caribe.

Pero, insisto, ¿quiénes son estos subalternos y dónde ha desembocado su registro? Es bueno enfatizar que los sectores populares fueron vistos, hasta entrado el siglo XX, como problema. Cuando los subalternos comenzaron a adquirir presencia en el discurso colonial sobre el Caribe se presentaron como dos tipos de “otros” a los que aplicarles distintas prácticas: para el bárbaro, la guerra; para el niño dócil, la evangelización. Indios, negros esclavos, pobres libres, campesinos y mujeres, entre otros, eran “naturalezas” hostiles que había que disciplinar o destruir.

---

<sup>9</sup> Véase: Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*. México, Ediciones Era, 6 vols., 1999; Manuel S. Almeida, *Dirigentes y dirigidos. Para leer los Cuadernos de la cárcel de Gramsci*. San Juan, Ediciones Callejón, 2014.

Ya entrado el siglo XIX, al menos para el Caribe hispano es posible decir que los letrados pensaban los “otros interiores” atrapados en la lectura racialista de la mirada eurocéntrica. Habrá que esperar a que avance el siglo XX para que esta herencia colonial se haga de mal gusto y los subalternos del subalterno comiencen a ganar reconocimiento. Esta transformación cobra auge a partir de las décadas de 1910-20 y tuvo que ver con fenómenos tan diversos como la Revolución mexicana, la Revolución rusa, la Primera Guerra Mundial, la creación de partidos y movimientos de masas y la aparición de nuevos paradigmas teóricos. San Miguel advierte que fueron, curiosamente, autores del Caribe no-hispano como Jean Price-Mars y C.L.R. James los pioneros en esta visión de los subalternos, que alcanzará su esplendor en la Nueva Historia.

Pero la Nueva Historia no ha logrado superar el cientificismo positivista, ni la metafísica de la dialéctica que deviene metarrelato heroico, aspectos que se trabajan en el primer ensayo de la sección dedicada a Cuba titulado “No siempre los círculos se ven redondos: Reflexiones sobre «La nación antillana»”. Desde esta visión, a la nación le faltaba su potencia constituyente y a los intelectuales le faltaba descubrir el sujeto de la historia: no las élites propietarias de la riqueza y la cultura, sino los subalternos, esos que desde las resistencias indígenas y esclavas, el cimarronaje, las rebeliones, las revoluciones y los movimientos sociales y políticos habrían llegado, finalmente, a constituirse en el fundamento humano de un Caribe carnavalesco y gozoso que “ríe en las calles”.

Resumiendo, para Pedro San Miguel los paradigmas sobre el Caribe, en sus obras canónicas, contienen cada uno de ellos sus éxitos, pero también han dejado saber sus fallas — superficiales, unas, y profundas, otras— y se han convertido en problemas para el historiador. Para superarlos, concluye, es necesario comenzar a mirar desde otros lugares que hagan posible la crítica lúcida que permita ver cosas nuevas. Leer atentamente la historiografía caribeña provoca interrogantes que sólo se pueden responder desde ese posicionamiento crítico y transdisciplinario

que permite precisar los límites del saber y de las máscaras, y generar nuevas aproximaciones teórico-metodológicas.

Preguntarse si es cierta la afirmación que ventila Antonio Benítez Rojo, de que “la isla se repite”, le permite a nuestro autor desarrollar algunas de las tesis trabajadas en el ensayo “Visiones del Caribe”. Ya sabemos que este paradigma historiográfico sobre la importancia de la plantación esclavista transcurrió entre dos lecturas: la apología a la plantación y la crítica a la misma. Ahora, en este nuevo ensayo, San Miguel demuestra una cosa que ya había percibido Eric Williams en *De Colón a Castro*, y que creo le incomodaba: que el Caribe es polifónico y tiene, además, diversas historias. Su unidad, si acaso espacial, es archipiélica, pluralidad de islas cuya diversidad, como hemos señalado, se resiste a una comunidad política federativa como la que proponía el historiador y político trinitaño. Claro, no creo que a Williams se le haya ocurrido inventar un Caribe hecho de islas que se repiten.<sup>10</sup>

El mejor ejemplo de la débil fundamentación de la tesis sobre las repeticiones es, según San Miguel, la historia de las Antillas hispanas. Éstas constituyen los objetos de atención más detallada en el resto de los ensayos que conforman estas *Crónicas de un embrujo*. El Santo Domingo español —que adoptará en el siglo XIX el nombre de República Dominicana—, Cuba y Puerto Rico son islas que, por sus tamaños o particularidades económico-sociales, no conocieron la plantación o sólo la vieron instalarse, como nuestro autor destaca que reconocieron Sidney Mintz y Harry Hoetink, en dos ciclos bastante distantes uno del otro: el primero, que se dio a lo largo del siglo XVI, ya estaba cerrado en las primeras décadas del XVII, y el segundo, tardío, se inició en Cuba a finales del siglo XVIII, en Puerto Rico a comienzos del XIX y en República Dominicana a finales de ese mismo siglo.

---

10 Véase: Eric Williams, *De Colón a Castro. La historia del Caribe, 1492-1969*. México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2009.

Lo que ha caracterizado a las Antillas hispanas es, pues, una diversidad de economías, productos y actividades comerciales que hicieron posible la formación de un significativo sector campesino. La economía de subsistencia coexistió con una producción agropecuaria para el mercado que también estuvo diversificada en sus objetos de cambio. Carne, pieles, tabaco, cacao, café y maderas coexistieron con el azúcar y hasta dominaron espacios importantes en los cuerpos y economías de las Antillas hispanas. El país menos plantador del Caribe fue la República Dominicana. Allí predominó la agricultura de subsistencia y la ganadería, y, luego, para finales del siglo XIX, el tabaco señoreó en la región del Cibao y el cacao fue el segundo producto de exportación.

Completada la crítica a la tesis de “la isla que se repite”, que ya se había iniciado en el ensayo “Visiones históricas del Caribe”, creo que se quedó en el tintero, aunque San Miguel ya lo ha trabajado en ensayos posteriores que proyecta publicar próximamente, una pregunta cardinal: ¿Qué coartadas se esconden tras el corolario de “la isla que se repite”? Ya va siendo tiempo de interrogar la máscara poética de los “pueblos del mar” y nuestro historiador ya adelantó algunas de sus posiciones al discutir las visiones identitarias y subalternas en su primer ensayo. Planteo esto porque me permite hacer un comentario que considero lógico y apropiado: *Crónicas de un embrujo* es un libro de ensayos y como tal es un escrito abierto, inconcluso, vivo, que invita a pensar, precisamente allí donde, en esta ocasión, se ha detenido.

Preguntarse si “la isla se repite” llevó a nuestro historiador hacia las particularidades de las Antillas hispanas y ahora hay que sumar que las mismas ayudan a conformar este extraordinario proyecto compuesto de ocho ensayos: cuatro dedicados a la República Dominicana, tres a Cuba y uno a Puerto Rico. Voy a recoger y/o recorrer algunas de las tesis que allí se presentan para intentar

seducirlos con lo que digo, lo que casi digo y lo que no digo en mi lectura de la lucidez del embrujado.

Considero fundamental lo que se despliega en “Crónicas de un embrujo: La historiografía dominicana en primera persona” porque aquí, como decía al principio, San Miguel aborda la historia haciendo su historia y aprovecha para llevarnos hacia la historiografía, las tareas del historiador y sus posturas epistemológicas y éticas. Michel de Certeau da el epígrafe cuando inicia su reflexión sobre la “operación historiográfica”: “¿Qué *fabrica* el historiador cuando ‘hace historia’?”.<sup>11</sup> Y San Miguel lo personaliza: ¿Qué fabrico yo como historiador cuando hago historia de República Dominicana? Nuestro autor cree, y éste es su primer posicionamiento epistemológico y ético, que un historiador tiene que conocer el campo en el que trabaja y su lugar en el mismo, pero también que su tradición está para ser innovada, transformada críticamente, y no para repetirse incólume como letra sagrada. Sólo se puede ser historiador conociendo la intertextualidad y actuando críticamente para potenciar el pensamiento hacia las alturas, sí; pero también hacia las bajuras y las hendiduras.

El segundo posicionamiento, que por obvio no deja de ser incisivo, es su aceptar que cuando habla de República Dominicana lo hace un “outlander”, un paradójico extraño embrujado. Con esto nos notifica que conocer y querer un lugar no son cualidades exclusivas de los nacidos en el mismo, ni posiciones que se repelen, y que cualquier historiador puede hacer suyo, y hacerse parte de, eso otro que alcanza a comprender y respetar desde el lugar del amor. Los intelectuales del Caribe, nos recuerda, se deben mucho unos a otros y tienen deudas impagables con estudiosos provenientes de otros países y regiones.

---

11 Michel de Certeau, *La escritura de la historia*. México, Universidad Iberoamericana, 1985, p. 71.

El tercer posicionamiento es saber pormenorizar su objeto de estudio, o el lugar donde se concentra, para luego expandirse a otear por archivos, páginas y paisajes. San Miguel declara ser un estudioso de la “evolución del campesinado en la región del Cibao” y en este punto se puede decir que estudia al otro del otro: el campesino dominicano, uno de esos subalternos que le ha permitido encontrarse con la geopolítica, la plantación y el afán identitario, enlazando los paradigmas de “Visiones”.

El cuarto posicionamiento es dejar ver su travesía y algunos descubrimientos. El historiador puertorriqueño apunta una inquietud que comenzó a indagar desde la historia dominicana y lo llevó a reflexionar la cuestión nacional, el papel del Estado y de los intelectuales y, por lo tanto, las funciones de la historiografía. Encontró en su recorrido, y aquí volvemos al tema identitario, los aciertos y límites de las historias nacionales escritas desde un enfoque nacionalista enmascarado de racionalidad científica. Las historias nacionales son muchas veces maniqueas y jingoístas. Disfrazadas de verdaderas y de críticas, son ficciones apologéticas de un falso sujeto histórico, un “nosotros” homogéneo en guerra santa contra sus otros amenazantes, externos e internos, que en el caso dominicano serán Haití y las masas campesinas, respectivamente.<sup>12</sup>

Más aún, el caso dominicano —y aquí podemos incorporar las tesis principales de los tres artículos que estudian a Cuba: “No siempre los círculos se ven redondos: Reflexiones sobre «La nación antillana»”, “Representaciones de Cuba” y “Una «mirada imperial» a la historia de Cuba”— pone de manifiesto que las historias nacionales son metanarrativas cómicas que no dejan

---

12 En esta misma dirección, el ensayo “La importancia de llamarse *República Dominicana*, o por qué no nombrarse de otra forma que no sea *Haití*” apunta a las obsesiones degenerativas de las políticas de identidad que amenazan con la formación de fronteras inmunológicas que protegen de un exterior pensado como lo otro amenazante. Es el tiempo de los gentilicios perseverantes e impecables: el nombre del sujeto autoconsciente que ha pasado de su “en sí” a su “para sí” y afirma su ser en el mundo. Por eso, en los discursos identitarios predominan modelos binarios que diferencian y jerarquizan, y el sujeto afirmado se construye desde lo natural y una épica de la voluntad.



de ser críticas del sujeto nacional que afirman.<sup>13</sup> En las mismas se encuentran los diagnósticos de las enfermedades y el recetario para la cura, así como las propuestas para la revitalización del sujeto nacional y su realidad.<sup>14</sup> De aquí que el panegírico venga acompañado del reconocimiento de obstáculos materiales y espirituales, de enemigos internos y externos, y de logros, fracasos y adversidades a superar. En la historiografía nacionalista dominicana, como en la de las otras Antillas hispanas, hay una circunspección de tono pesimista que apunta a lo trágico, pero se trata más de un ardid para llamar al orden y al poder. Hay un recuento de calamidades para proponer sacrificios y la necesidad de un procerato iluminado imprescindible, capaz de guiar la voluntad colectiva para la salvación del Ser. No se debe olvidar que, más allá de su relevancia, las historias nacionales son producidas por intelectuales, y que estos héroes, que luchan en “las trincheras de ideas que valen más que las trincheras de piedra” porque “las guerras (también) van sobre caminos de papel”, —para seguir a uno de los más admirados entre los iluminados moralistas caribeños del siglo XIX y XX— están convencidos de que poseen una misión epistémica y política: esclarecer en la guerra de la civilización contra la barbarie y representar y dirigir al sujeto histórico,

---

13 Defendiendo la importancia de conceptos como “comunidad imaginaria” de Benedict Anderson, contra la lectura crítica de Gervasio L. García, y reflexionando desde este lugar teórico el papel de la narrativa histórica y sus funciones epistémicas y políticas en la construcción de la cubanidad —que laboraron tanto el discurso nacionalista como pensadores externos que desde el siglo XIX han escrito en torno a Cuba—, San Miguel plantea que las representaciones de la isla pueden clasificarse en dos retratos opuestos: el de la isla paradisíaca, arcadia plétora de riquezas y posibilidades, y el de la isla infernal, “lugar de inequidad e ignominia”. En el primero predominó la apología a la plantación azucarera, tanto la basada en el trabajo esclavo como en el libre; mientras que en el segundo encontramos la narrativa de una Cuba amenazada, en lucha contra los efectos sociales de la plantación y el expansionismo económico-político norteamericano.

14 En “El minotauro en las Antillas: Pedro Pérez Cabral y su «comunidad mulata»”, San Miguel se desplaza, desde la inquietud identitaria dominicana, hacia la cuestión racial y desde aquí a las teorías del mestizaje. Se trata de dar cuenta de las distintas propuestas de los discursos nacionales racialistas que conforman el campo intelectual caribeño y, particularmente, de los teóricos del mestizaje como confusión degenerativa, entre los que sobresalen el puertorriqueño Antonio S. Pedreira y dominicano Pérez Cabral. Este último cree que la nación dominicana es una comunidad mulata y como tal incapaz de patriotismo. La mulatización habría hecho de su país una comunidad indecisa, ansiosa e impotente.

reformando la política con sus convicciones éticas y la valía intachable de uno que afirma ser “un indispensable”.<sup>15</sup>

En su quinto posicionamiento, esta vez teórico-metodológico, San Miguel considera perentorio buscar nuevas herramientas analíticas mirando hacia otras disciplinas: la antropología, los estudios culturales y, sobre todo, la literatura. Los ensayos “Rebelión y arielismo en un país «en el mismo trayecto del sol»: *Tres leyendas de colores* de Pedro Mir” y “«Basurero de conciencias»: Economía y moral en la novela *El negocio*”, así como algunos de sus comentarios en torno a los escritos de Bosch, son productos de esos giros disciplinarios, además de lingüísticos. Más importante aún, con este cambio de lugar elabora toda una discusión sobre la importancia de la narrativa en el texto histórico y, desde sus lecturas de de Certeau y Hayden White, entre otros, destroza la sacralidad de la escritura histórica y su pretendida objetividad epistémica, que dice hablar de “la realidad” y de “la verdad”. No se puede seguir sosteniendo que se está haciendo descripción de “hechos” o planteamientos objetivos desde la impunidad científica y hay que trabajar con ánimo autocrítico sobre cómo se piensa y se narra en esta disciplina, reconociendo que el lenguaje no descubre y transmite verdades, sino que las produce. Ya hace algún tiempo Roger Chartier advertía que “los historiadores debieron aceptar, mal o bien, que la historia que ellos escriben depende siempre de las fórmulas que rigen todas las narraciones, cualesquiera sean”, y que “el saber que construyen se sitúa siempre en la irreductible distancia que separa la realidad histórica de los relatos elaborados a partir de las huellas dejadas por ese pasado”.<sup>16</sup> Por eso, el historiador debe pensar críticamente el campo historiográfico “genealogizando” las estrategias discursivas y los efectos prácticos de sus obras claves. En el caso dominicano, son esenciales autores como Antonio Sánchez Valverde, José Gabriel García, Pedro Francisco Bonó, Manuel

---

15 José Martí, *Trincheras de papel*. Río Piedras, Editorial San Juan, 1971, p. 5.

16 Roger Chartier, *El juego de las reglas: Lecturas*. México, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 263.

Arturo Peña Batlle, Joaquín Balaguer y Juan Bosch; y si retomo sus nombres del ensayo de nuestro historiador, es porque creo que éstos son puntos en un mapa que orientan e incitan a que uno haga su propio viaje, acierto indiscutible de estas *Crónicas de un embrujo*.

San Miguel ha insistido en cuestionarse, siguiendo a de Certeau, “qué *fabrica* el historiador cuando hace historia” y cuál es el “lugar” desde donde habla, un lugar pluridimensional condicionado por su tiempo, su sociedad, su sector económico-social, el ambiente político en el que habita y su formación profesional, ideológica y ética. Me gustaría añadir a sus preguntas estas otras, que también pululan por esta obra, de para qué y para quién narra el historiador. Sin pretender agotar estas temáticas, quisiera esbozar unas respuestas que actúen más como una provocación. ¿Qué funciones le quedan a la escritura histórica en tiempos de aceleración, fluctuaciones constantes y unas masas que buscan más emociones que saber? ¿Quiénes se disponen a encontrar el camino hacia el “silencio exigente” de un libro, hacia lo que Peter Sloterdijk llama “las acrobacias del desvelo”, esas angustias de “estar en vela” en “el sacrificio de las noches”?<sup>17</sup>

Los historiadores utilizan el lenguaje para producir relatos donde las palabras, convertidas en conceptos, sirven para intentar comprender el mundo de la vida, dotándole de sentido, nos dice San Miguel. Creo que esto podemos estipularlo. Pero, ¿es suficiente esta cuestión epistemológica para contestar el para qué o existe otra función también relevante que nos lleva a una posible respuesta al para quién? El escritor español Rafael Chirbes, autor de *Crematorio* y *En la orilla*, me ha obsequiado algunas pistas que sirven para concluir este diálogo. Si el idioma no es solamente una forma de hablar, sino, más aún, una forma de mirar, una perspectiva, entonces son indispensables los trabajos como *Crónicas de un embrujo*. Sólo desde esa posición apasionada es posible que se produzca un mirar el mundo “desde un lugar nuevo” y “empezar a ver otra cosa”.<sup>18</sup>

---

17 Peter Sloterdijk, *Has de cambiar tu vida*. Madrid, Pre-Textos, 2012, pp. 225-227.

18 Rafael Chirbes, *El novelista perplejo*. Barcelona, Anagrama, 2002, pp. 27-30.

Además, esta reflexión plasmada en palabras, este estado de ánimo que se materializa en libro, esta mirada iconoclasta que permite inquirir otras cosas —claro que sí— es un regalo que embrujará a lectores atentos.